

Equívocos Árboles Caligrafías Personas

David Delfín



PRIMERA EDICIÓN: mayo 2022

© **DEL TEXTO:** David Delfin, 2022

© **DEL PRÓLOGO:** Jesús Aguado, 2022

© **DEL EPÍLOGO:** Agustín Fernández Mallo, 2022

© **DE LA EDICIÓN:** Macleín y Parker, 2022

Pasaje Lagunas de Ruidera, 6

41701 Dos Hermanas, Sevilla

www.macleinyparker.com

EDICIÓN Y CORRECCIÓN: Macleín y Parker

DISEÑO COLECCIÓN Y MAQUETACIÓN: Antonio Abad (Macleín y Parker)

IMPRESIÓN: Estilo Estugraf Impresores, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

ISBN: 978-84-125030-1-2

DEPÓSITO LEGAL: SE-992-2022



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

Prólogo

Jesús Aguado

DE LA FRAGILIDAD.
SIETE APROXIMACIONES A DAVID DELFÍN

UNO

Uno escribe para ser feliz, pero la felicidad no cabe en las palabras. Uno escribe para entenderse con el mundo, pero el mundo solo se entiende consigo mismo. Uno escribe para situarse en el centro, pero el centro se fuga, se desvanece, se oculta, se ríe de nosotros, se desentiende, se va, nos deja solos. Uno escribe para ser el que es, pero el ser que somos deflagra, se astilla, se multiplica, se deshace, se evapora. ¿Para qué, entonces, escribe uno?

DOS

Uno escribe porque la felicidad, el mundo, el centro o el ser son frágiles y nos necesitan. Uno escribe (desalentado, al borde de un abismo, sonámbulo en un laberinto, sediento, desmemoriado) para dotarles a la felicidad, al mundo, al centro o al ser una certeza y una fortaleza que no tenemos. Que no tenemos, que

no somos. Una certeza que proyectamos sobre ellos (como una estrella se proyecta sobre las constelaciones, como una mano haciendo sombras sobre una pared) para darles una luz que primero nos atraviesa y luego nos abandona sin quedarse en nosotros o con nosotros más que un instante: el de la escritura, el de la palabra hecha signo y rastro y huella soplada por la brisa, el del sonido afinado según ese diapasón lejanísimo al que queríamos denominar *origen*. Una fortaleza que hemos soñado (muros gruesos, músculos heroicos, determinación, arrojo, vigas firmes) sin que nunca hayamos sido invitados a instalarnos en ella; o quizás también solo un instante: el que se tarda en armar el arco de una frase, el que dibuja una flecha que vuela (temblorosa y firme: temblorosa porque firme) hacia la diana del sentido (o del bendito sinsentido, qué más da).

TRES

La fragilidad es un modo de estar, de ser. Una escritura frágil es un modo de estar, de ser. Una escritura que dice cosas pero no les da tiempo a cerrarse sobre sí mismas, a momificarse, a anquilosarse, a solidificarse. Una escritura (como esta de *Equívocos árboles caligrafías personas*) que no produce enunciados ni mensajes, sino energías, atmósferas, anfractuosidades, indeterminaciones, sesgos, roturas. Una escritura porosa, contrabandista. Una escritura que, cuando uno está a punto

de llegar a una conclusión (a establecer un silogismo, a apuntar y apuntalar una idea central, a subrayar una ley universal o particular), cambia el paso, es decir, nos coge con el paso cambiado, nos descoloca, nos obliga a volver al principio, nos zarandea, incluso nos increpa. Una escritura que, consciente de que su futuro está detrás y su pasado está delante, parece confiar únicamente en la escritura que se tacha a sí misma, que se contradice, que balbucea (y por eso emparentada con la mística), que duda infinitesimalmente.

CUATRO

Una escritura cuyo futuro está detrás. Concretamente en 1984: el año en que se sitúa la novela de George Orwell y el año en que fallece Julio Cortázar. Ahí, en este fragmento central del libro de David Delfín, es donde lo político (lo distópico, lo tiránico, el control, el terror) y lo literario (la invención de mundos, el juego, la irreverencia hacia las convenciones, el desafío divino) se dejan anudar por la imaginación. La imaginación, esa batidora de metáforas, ese telar de mundos imposibles, es lo que hace que la escritura pueda traducir sus fragilidades en felicidades, mundos, centros y seres. La imaginación, que nos expulsa de la página y nos rompe en mil pedazos. La imaginación, que nos vuelve invertebrados, inasibles, invisibles, piezas sueltas de un mosaico sin modelo. La imaginación, que coloca detrás lo que está delante (el futuro en

el pasado) y delante lo que está detrás (el pasado en el futuro). La imaginación de Rafael Pérez Estrada, Antonio Muñoz Quintana, Borges, Athanasius Kircher, Herón de Alejandría, Kafka, Tomás de Aquino, Alfonso Canales, Lewis Carroll, Neruda, Juan Ramón Jiménez, Antonio Gamoneda o Juan de la Cruz, varios de los autores que cita y a los que homenajea (con especial devoción a los dos primeros de la lista, malagueños a los que trató y quiso) David Delfin en este poemario.

CINCO

La fragilidad, ese material sensible que utiliza la imaginación para orientarse por los laberintos de la existencia, hace aflorar (cito aproximadamente siguiendo el orden del libro; y ya verán qué gran caja de herramientas emocionales, hermenéuticas, sociales y poéticas resulta de esta rebusca): lo desvinculado, lo simultáneo, lo incierto, la espesura, lo mínimo, la soledad de los cosmonautas, la maestría descalza de las hogueras, las sobras, los inframundos, lo desleído, los caminos que no admiten más huellas, la afección ensayada del vértigo, las demoras, el ilusionismo de las frambuesas, la persecución, el cerco, el devenir, lo acabado, la eficacia de lo terrible, un dios contra sí mismo, la renuncia, la basura, el arcipreste de los rasguños, la obediencia, la claridad de los bosques, las antítesis, los paralelismos, las iluminaciones, los alejamientos, la inercia sin

dueño, la tecnología de los yoes, las ataduras invisibles de todo lo aceptado, las rotaciones, la fotosíntesis, el derrumbe del yo, la tragicomedia de la utilidad creadora, las partes sueltas del mundo, el respunte de la entereza, los asesinos transparentes del sueño, los nómadas que comparten límites, los cartógrafos de lo difícil, la desembocadura de los espejos, un buceador vestido de plomo, un tiempo desvivido...

SEIS

Equívocos árboles caligrafías personas es, en efecto, un catálogo de fragilidades. Y un *collage* de fragilidades. Uno, como en *Rayuela*, puede hacer el itinerario lector siguiendo distintas direcciones. En todas se perderá (perderá referencias; sobre todo las del yo, la del sentido, la de la verdad, la de belleza sujeta a cánones periclitados), pero en unas se perderá más que en otras. Lo importante es perderse, descreer de los mapas, darse la oportunidad de empezar desde cero, regresar a la intemperie. Este no es un libro de tesis. Es un estallido, un quedarse boquiabierto, un acto de confianza en lo pequeño, una transgresión que no produce víctimas (hay demasiado amor en él, demasiada ternura inteligente, demasiada calidez sin incendios), un barco contento de navegar a la deriva. Quizás ni siquiera sea un libro, sino una invitación en un nuevo acto de magia en la que el pasado se fuga hacia su futuro, a despublicar y describir todos los libros hasta que los

materiales de los que están hechos regresen al bosque, a las minas, a la mente de los que los concibieran, a la semilla de la que proceden las palabras.

SIETE

En *Los matemáticos no saben pilotar aviones*, uno de sus libros anteriores (emparentado con este junto con *La fábrica de anticuerpos si no amanece*, ambos extraordinarios) David Delfin dice: «Lo imaginario como un indicativo de la exactitud que se aleja hasta tocar la forma que nutre lo visible». Ahí ya afirmaba que «la fragilidad lo rodeaba todo». Ahí ya ponía en relación, aunque con una distancia de seguridad entre ellos que no hay en *Equívocos árboles caligrafías personas*, los conceptos de fragilidad e imaginación. «Qué hacer cuando un abismo se descalza para no despertarnos» (sigo citando). Qué hacer, se pregunta uno, cuando la felicidad se descalza para que la fragilidad y la imaginación no se despierten del sueño que inventa nuestras vidas. Qué hacer cuando uno termina de leer (del derecho y del revés, por arriba y por abajo, a saltos y en cuclillas, desde lo que uno es y desde lo que uno no es, entero y fragmentado) un libro que apela de manera tan delicada y honda a lo que somos como individuos, como especie y según nuestro triste modelo de civilización. Qué hacer, David.

EQUÍVOCOS

Inútilmente esta crónica

como un fósil reside en lo desvinculado. De las veces que logran ser más nuestras, la amplitud pulmonar que nadie pensaría, que nadie, salvo Lewis Carroll, incomprendible. La arquitectura *salir de casa* y conducir por una calle que no es sino la fotografía de la portada *Abbey Road*, giros que inventan los cruces que no están en las canciones. Paul McCartney. *El movimiento que necesitas está sobre tus hombros. Toma una canción triste y mejórala*. 1968. *No olvides dejarla debajo de tu piel*. La arquitectura como rito inyectado y sin orden. *Aquí, en esta casa grande, nació yo*, Platero, desde el mirador se ve el mar, Estocolmo, 10 de diciembre, telegrama, 1956. Ilegibles de la simultaneidad que hacen de Lennon y Juan Ramón una pausa entre mis segundos, como si la televisión que nos mira hubiera sido inventada por su propio *yo soy él y tú eres él y tú eres yo y todos somos a la vez*. *I Am the Walrus*. Lennon junto a Forrest Gump en un viejo *talk show*: 1971 *sentando en un jardín inglés esperando el sol*. Morsa el cigarrillo y la bocanada morsa, el humo y esa inmortalidad tan reconocible en los fumadores desalojados. Obsérvese ahora, entre líneas, el gesto de Dick, el periodista, un setiembre 11 en el estudio neoyorquino de la NBC a punto de

entrevistarme. Una insensatez que nadie pensaría, que nadie, salvo yo. Cámara 1. Señor Cavett, pregúnteme por el hombre invisible de Neruda, *la vida caja llena de cantos, la vida río que avanza*. Pregúnteme por Berlín, Rostropóvich, noviembre 89; por aquellos ángeles a la par de un trovador andaluz *abril para vivir*, mayo del 95. Y pregúnteme por Nueva York, setiembre 11, y todos los 11 de setiembre, por Víctor Jara; por Neruda, el navegante de Isla Negra. Estadio y catedral metropolitana de Santiago, piso 34 de la Torre Telefónica y mirador de las cuatro campanas hacia el Pacífico, el mar hecho pared en cientos de caracoles y estatuas de proa, de mariposas y botellas disecadas, de caretas y peces que sonríen; navegación entre resúmenes, musculatura, lo rescatado contra los aviones y la garra de lo incierto.

Hay odas que resisten para siempre a la desposesión del ayer, me dijo Neruda.

Anocheía

y aquel océano abandonaba sobre las rocas de Isla Negra a poetas narradores y a narradores poetas. Inútilmente el tiempo, su asistente advirtiéndome del temor no imaginario, no imposible. Empire State, *Miss Liberty*, bailarinas de Navidad en el 1260 de la Sexta, Radio City Music Hall. La espesura que nadie cruzaría, que nadie, salvo yo; Central Park en mis últimos cien dólares, mis últimas cervezas, en mi retorno pausado a la franja horaria que no se rinde.

Abril para soñar. Inútilmente esta crónica de mínimos y cornisas, de donde partir en cada aliento hacia la gesta del aire, amor, sin nada más que.